

La vieja escuela de música

¡en peligro!

En el pueblecito de Paredes de Nava existía una vieja escuela de música. Era tan vieja y sus materiales tan endeble que incluso las propias vibraciones de los instrumentos provocaban grietas en las paredes y desprendimientos en los techos. Cucarachas y ratones acampaban a sus anchas por todo el edificio, es más, tenían hasta su propia coral, la cual no sonaba nada mal.

Pero lo que no sabía nadie a excepción de Don Andrés, su director, es que se trataba de un edificio embrujado pues, por las noches, la magia impregnaba todo el ambiente y hacía que los instrumentos que allí se guardaban cobraran vida propia. Y a media que éstos se despertaban, iban juntándose por familias: la familia del viento, la de la cuerda y la de percusión, hasta formar una gran orquesta.

Por cierto, las notas musicales de las partituras también hacían de las suyas; se podía ver a la nota *do grave* tomando el sol en la segunda línea o a la nota *si* negando todo lo que se le preguntara. ¡Vaya locura!

Los niños y niñas del pueblo estaban encantados con su vieja escuela de música, pues allí aprendían lenguaje musical, canto, e incluso a tocar algún que otro instrumento que siempre terminaba sonando a ángeles. Daba igual que fueras grande o pequeño, que tocaras de una manera o de otra, los instrumentos siempre sonaban afinados y rítmicamente perfectos.

Por desgracia, parecía que la suerte se torcía. Una mañana llegó al buzón de la escuela de música una carta que entristeció mucho a Don Andrés. En ella se podía leer lo siguiente:

Por orden de la Sra. Alcaldesa se hace saber que:

“Debido al gran deterioro del edificio, deberán abandonarlo en el plazo máximo de quince días, para proceder a su demolición”.

A partir de ese momento, los instrumentos perdieron su mágico poder y empezaron a sonar como debían sonar cuando una persona que no tiene conocimientos musicales los toca por primera vez, es decir, de forma áspera, desagradable, disonante, desapacible... ¡No había manera de poner un poco de orden!

Por las noches era aún peor, las bellas melodías y armonías que habían sonado hasta ahora, se habían tornado agrias y discordantes. Ni siquiera los gatos desde sus tejados eran capaces de imitar tal marabunta de ruidos con sus maullidos.

Pasados unos días aquella situación era insostenible, y los niños y niñas de Paredes de Nava empezaron a sospechar que algo ocultaba su director, Don Andrés. Finalmente éste, ante las presiones de su alumnado, decidió contar toda la verdad: *“Si en el plazo de una semana no conseguimos el dinero suficiente para su arreglo, se procederá al derrumbe del edificio”*.

Todo el mundo se quedó muy triste al conocer la terrible noticia, incluso los instrumentos musicales no podían evitar mostrar su indignación y enfado. De hecho, a Doña Guitarra se le desentorchó la cuarta cuerda: el “Re”; y Don Clarinete, ¡del susto!, tuvo que engrasar sus llaves; por no hablar de Don Piano, que temblaba de tal manera que sus pedales parecían los de un coche de fórmula 1 a punto de salir de la parrilla.

Enseguida se movilizaron las gentes del pueblo con el fin de recaudar lo necesario para que la vieja escuela de música no sufriera tal trágico final.

No hubo un solo vecino en el pueblo que no colaborase. **Mario**, el cartero, mató su único cerdo para venderlo; **Malena**, la panadera, elaboró unos deliciosos pasteles; D^a **Evelyn**, la maestra del cole, preparó una preciosa hucha con el lema “Salvemos la Escuela de Música” para pasar entre su alumnado; **Iván**, el policía, se comprometió a destinar el dinero de las multas a esta causa; **Pablo**, el propietario del único restaurante del pueblo, organizó unas jornadas gastronómicas;

Marta, la de la tienda de alimentación, también dedicaría parte de sus ventas a tal fin; y así el resto de vecinos de Paredes: **Soledad**, la peluquera; **Alicia**, la médica; **Jesús Ignacio**, el farmacéutico; **Denis**, el mecánico de talleres “**Mustapha**”; **Fátima**, la pastora; incluso Don **Rafael**, el cura, destinaría lo recaudado en el cestillo para colaborar en esta misión.

La temida fecha se acercaba y aún no se tenía el suficiente dinero para restaurar la vieja escuela de música. Había tal tensión en el pueblo que podía cortarse con un cuchillo.

A falta de dos días para el desastre Don Andrés recibió un extraño paquete sin destinatario, ni remitente. En su interior había un, no menos extraño, artilugio en forma de arco y un tríptico en el que venían las bases de un concurso. Éste consistía en dos fases, una primera en la que había que averiguar de qué instrumento se trataba y, una segunda, en la que había que componer y grabar un concierto en el que el solista fuera dicho instrumento.

La cuantía económica para el ganador del premio ascendía a 20.000 euros. Dinero suficiente para hacer frente a los arreglos urgentes que requería el viejo edificio.

A Don Andrés se le hicieron los ojos chiribitas, ¡era una oportunidad única! Pero era tan corto el tiempo que quedaba... Y, ni corto ni perezoso, fue llamando a todos los niños y niñas para que le ayudaran a conseguirlo.

Enseguida se formaron tres grupos: un grupo de niños iría al aula de informática para navegar por internet, en busca de pistas que dieran con el “paradero” del instrumento; otros buscarían información entre los libros de la sección de música que había en la biblioteca del pueblo; finalmente, un tercer grupo, se dedicaría a investigar todas las posibles sonoridades que podían sacar a tal rudimentario “artefacto”. El director, por su parte, se pondría manos a la obra con la composición. ¡No había tiempo que perder!

Después de varias horas de búsqueda, uno de los alumnos que se encontraba en el aula de informática susurró: “Be... rim... bau”. ¿Quééééé? Gritaron todos los demás que estaban con él. ¡Eso!, ¡Berimbau! Replicó el primer niño que fue a decírselo a Don Andrés como alma que lleva el diablo.

Rápidamente se formó un gran revuelo en la vieja escuela, pues ya tenían superada la primera parte del concurso. Se trataba de un instrumento de origen africano, de cuerda y de percusión.

Sin embargo el grupo que investigaba la sonoridad del instrumento, no había obtenido ningún resultado. No había manera de arrancar sonido alguno a aquel estúpido “chisme”.

Llegada la noche, todos ya exhaustos y decepcionados, se fueron marchando a sus casas. A punto estaba Don Andrés de dar la vuelta a la llave cuando, quizás animado por los demás instrumentos, empezó a escucharse al Berimbau.

Y es que la magia había vuelto a la vieja escuela de música. De nuevo podían escucharse bellas melodías y armonías, esta vez en compañía de un nuevo amigo: el Berimbau.

El director, aprovechando la ocasión, sacó su teléfono móvil para grabar aquel recital que podía escucharse por todo el pueblo. Violines, trompetas, tambores, pianos, guitarras, flautas... todos al compás y perfectamente afinados. ¡Era algo fantástico e increíble!

Con las campanadas de media noche todo volvió a la calma. Fue entonces cuando, Don Andrés, se encerró apresuradamente en su despacho para escuchar y transcribir a partitura todo lo que había grabado. Las ideas le salían a borbotones, de tal modo que el pobre director se pasó toda la noche en vela.

A la mañana siguiente fueron sus propios alumnos quienes le despertaron. Todo preocupados, le preguntaban con impaciencia: “¿Está usted bien? ¿Le ocurre algo?”. “¡Rápido chicos!, ¡no hay tiempo que perder! contestó él. Se trataba del último día, o lo conseguían, o se quedarían sin su preciada escuela de música.

Los niños y niñas presentes en aquél momento entendieron rápidamente la situación, cogieron todos los instrumentos que pudieron, incluido el berimbau y... 3, 2, 1, ¡rodando!

Don Andrés, cámara en mano, no perdió ni una sola escena de aquél magnífico recital. Había que ver a unos chiguitos tan pequeños tocando como los ángeles del cielo. Pero claro, la cosa tenía su truco y es que los instrumentos, gracias a la magia del lugar, sonaban por sí solos.

Todo salió a pedir de boca. Una vez concluida la grabación, regresaron al aula de informática para mandar un email con los resultados a la dirección indicada en el tríptico del concurso.

Seis larguísimas horas más tarde se sabían ganadores del certamen. La noticia corrió por el pueblo como la pólvora. Todos los vecinos de Paredes se congregaron ante la vieja escuela de música, donde arrancaron en aplausos hacia el director y sus alumnos.

Don Andrés, como buen anfitrión, agradeció el aplauso de todos los presentes y recordó, con lágrimas en los ojos, que lo habían conseguido gracias al esfuerzo y a la solidaridad de todos.

Fin